

EL BARCO

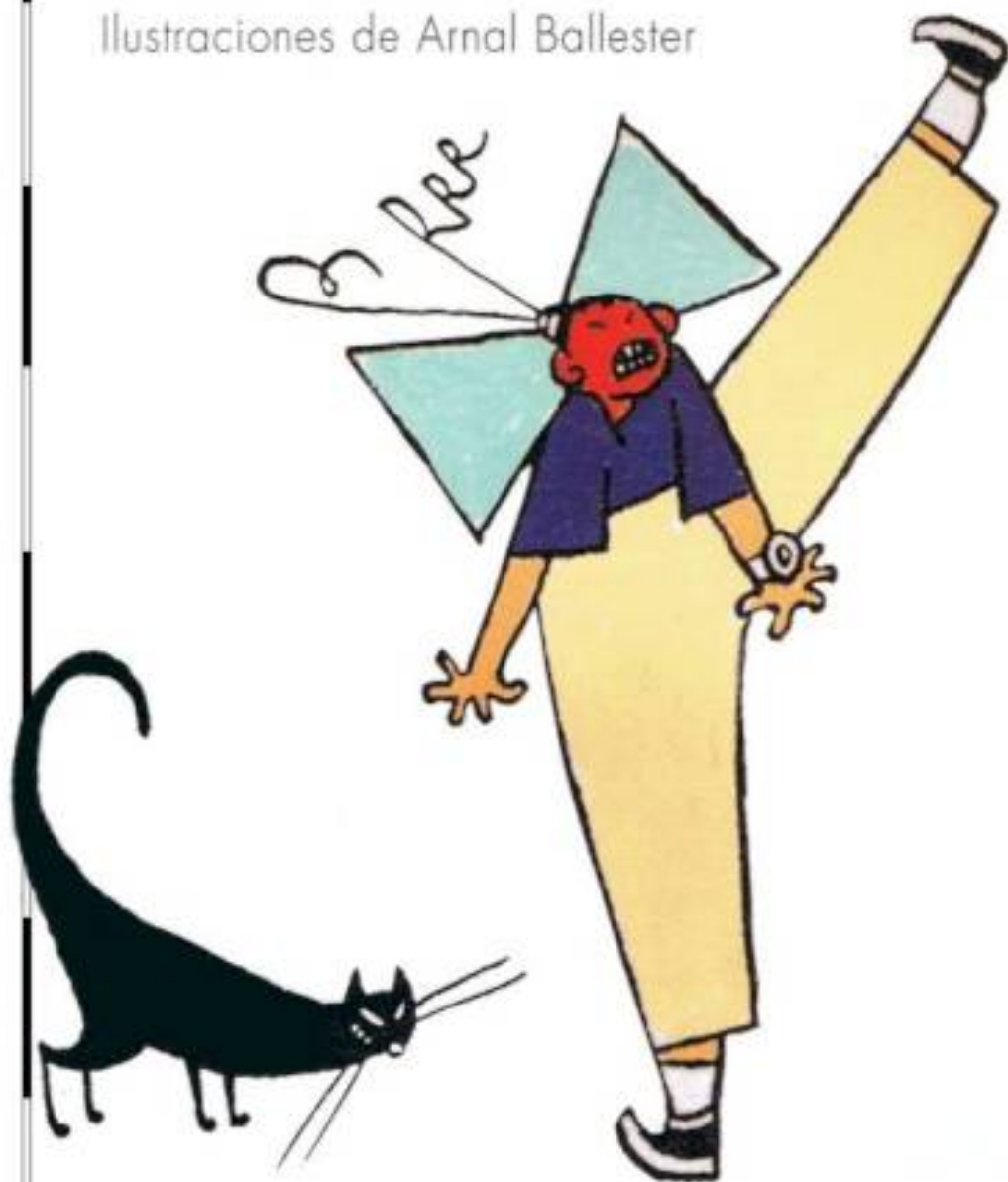


DE VAPOR

Christine Nöstlinger

# Ana está furiosa

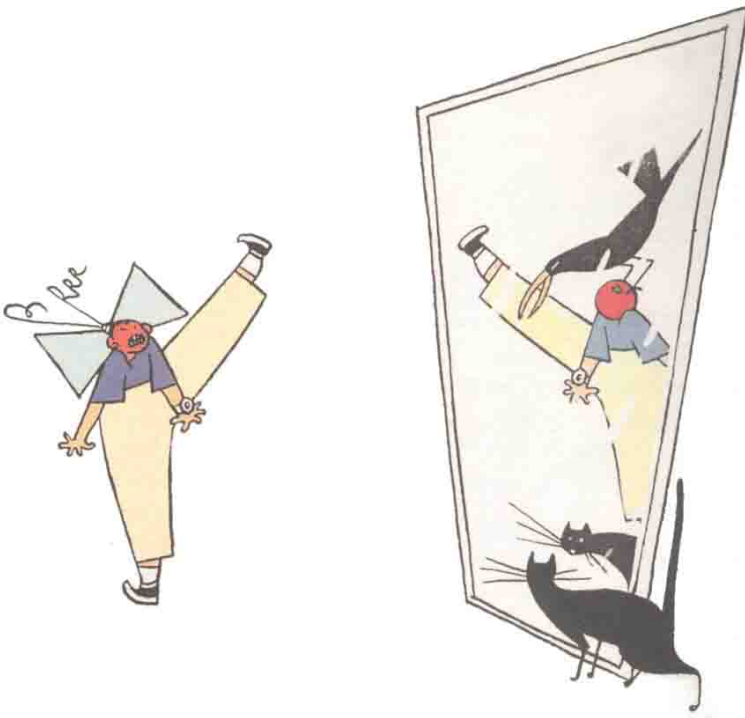
Ilustraciones de Arnal Ballester



Ana es una niña con un gran problema: se enfada por todo. Cualquier cosa la pone furiosa. Aunque todos intentan ayudarla, ella no lo acepta y se pone aún más agresiva con quien lo intenta. Ella también se da cuenta de su comportamiento y quiere cambiar. Pero no lo consigue. Su abuelo le compra un tambor. Cuando está enfadada, lo toca y el enfado se le pasa. Así logra vencer su problema. Ana ya no se enfada tanto y todos quieren ser sus amigos y desean que toque el tambor.

Había una vez una niña llamada Ana que tenía un problema muy grande. Siempre se estaba poniendo furiosa. Mucho más deprisa y muchas más veces que los demás niños. ¡Terriblemente furiosa!

Cuando se enfadaba, las mejillas se le ponían rojas como tomates, los cabellos se le erizaban, crujían y lanzaban chispas, y sus ojos gris claro brillaban negros como cuervos.



Cuando Ana estaba furiosa, tenía que gritar y berrear, tenía que patear con los pies y golpear con los puños. Tenía que morder, escupir y pisotear.



A veces, se tiraba al suelo y daba golpes a su alrededor.



Ana no podía hacer nada para evitar aquellos enfados.



Pero nadie lo creía. Ni su madre, ni su padre, ni los otros niños.

Se reían de ella y decían:

—¡Es imposible jugar con Ana!



Y lo peor era que, cuando Ana estaba furiosa, se metía con todos los que estaban cerca de ella. Incluso con los que no le habían hecho nada.



Cuando tropezaba y se caía mientras estaba patinando, se ponía furiosa. Y si se acercaba Berti para ayudarla a levantarse, Ana gritaba:

—DÉJAME EN PAZ, TONTO.





Si quería peinar con trenzas a su muñeca Anita y no lo conseguía, porque el pelo de la muñeca era demasiado corto, se ponía furiosa y lanzaba a Anita contra la pared.



Si le pedía un caramelo a su madre y ella no se lo daba, se ponía furiosa y pegaba un pisotón a su padre. Sólo porque los pies de él estaban en ese momento más cerca de Ana que los de su madre.



Si Ana construía una torre y ésta se caía antes de estar terminada, se ponía furiosa y lanzaba las piezas por la ventana.



No le importaba darle al gato en la cabeza.



Cuando más furiosa se ponía era cuando se reían de ella. Hasta llegaba a lanzarse sobre los chicos mayores.

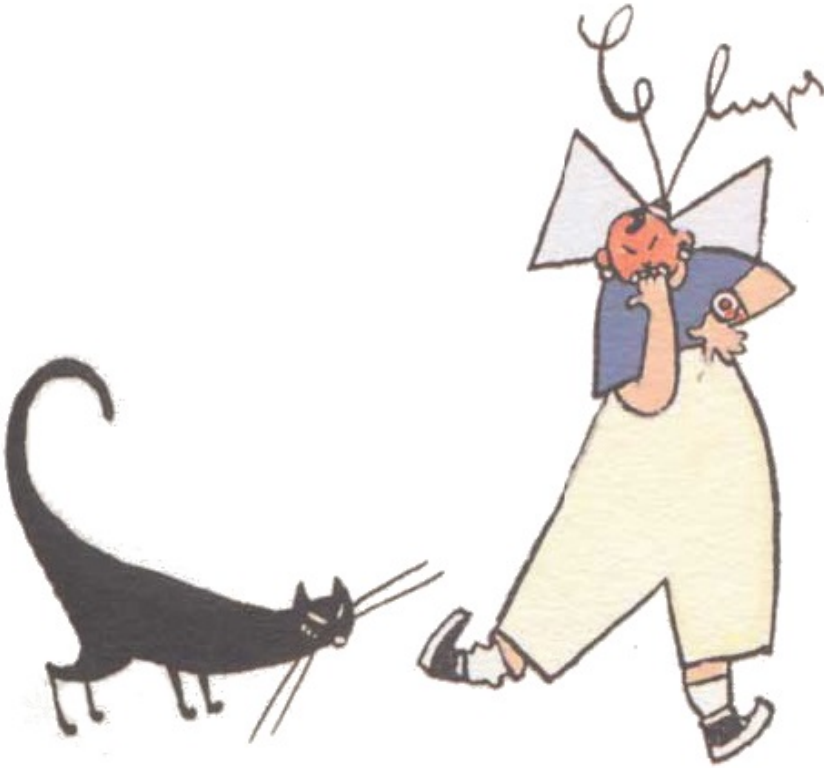


¡Pero los mayores eran mucho más fuertes que ella!  
Un día, dos la agarraron de los brazos y dos la agarraron de las piernas. Y corrieron por todo el parque mientras Ana chillaba y maldecía, y ellos gritaban:  
—¡Cuidado, cuidado, que va a explotar de la furia!  
Los demás niños no paraban de reír.



A veces, ella misma se hacía daño cuando se ponía furiosa.

Una vez, golpeó la pata de la mesa y se torció el tobillo.



Otra vez, se dio con la puerta y el codo se le puso morado.